

CIVILIBARBARIE EN “EL CHICO SUCIO” DE MARIANA ENRIQUEZ Y “ESE ZOMBIE” DE ALEJANDRO SOIFER

Mariola Pietrak

Universidad Maria Curie-Skłodowska

Lublin, Polonia

mariola.pietrak@umcs.pl

RESUMEN / ABSTRACT

Desde sus inicios, el proceso modernizador de Argentina se basó en la disyunción excluyente articulada en torno a la antinomia principal civilización o barbarie. Hacia finales del siglo xx, esta antinomia fundante se diluye en la expresión literaria y muta en lo que Elsa Drucaroff en su *Los prisioneros de la torre* denomina *civilibarbarie*. Este cambio coincide en el tiempo con la negación rupturista posmoderna de la lógica bipolar de la modernidad (mente / cuerpo, etc.) y la idea transmoderna de la superación de lo binario reductor de lo plural en el prefijo trans que describe la realidad actual. En el presente proponemos analizar dos relatos argentinos –“El chico sucio” de Mariana Enriquez y “Ese zombie” de Alejandro Soifer– desde el punto de vista de los viejos binomios. En ambos, la coexistencia de planos temporales o espaciales, la multicronía, ponen en evidencia tanto la circularidad de la barbarie en la historia argentina, como su perfecta convivencia con el proceso civilizatorio, y, en definitiva, la ausencia de la relación antitética fundante.

PALABRAS CLAVE: civilibarbarie, transmodernidad, nueva narrativa argentina (NNA), Mariana Enriquez, Alejandro Soifer.

CIVILIBARBARISM. ABOUT A NON-EXISTENT ANTINOMY IN THE STORIES OF MARIANA ENRIQUEZ AND ALEJANDRO SOIFER

From its beginnings, the modernization process in Argentina was based on the exclusionary disjunction articulated around the main antinomy civilization or barbarism. Towards the end of the 20th century, this founding antinomy becomes diluted in literary expression and it mutates into what Elsa Drucaroff in her *Los prisioneros de la torre* calls *civilibarbarism*. This change coincides in time with the post-modern rupturist negation of the bipolar logic

of modernity (mind/body, and so on) and the transmodern idea of overcoming the binary reductive of the plural in the prefix trans- that describes current reality. In the present article we propose to analyze two argentinean stories – “El chico sucio” by Mariana Enriquez and “Ese zombie” by Alejandro Soifer– from the point of view of the old binomials. In both of them, the coexistence of temporal or spatial planes, the multichrony, puts in evidence both the circularity of barbarism in Argentine history, and its perfect coexistence with the civilizing process, and, in short, the absence of the antithetical founding relationship.

KEYWORDS: civilbarbarism, dictatorship, transmodernity, new Argentinian narrative (NNA), Mariana Enriquez, Alejandro Soifer

Recepción: 01/05/2020

Aprobación: 03/06/2021

Los filicidios, los parricidios, la intemperie que se cierne sobre el Gran Buenos Aires. El recorrido que Elsa Drucaroff hace por la nueva narrativa argentina (NNA)¹ en *Los prisioneros de las torre* pone al descubierto la imagen de la barbarie instalada en el corazón mismo de la civilización en una coexistencia inextricable; de esa civilización que los padres de la nación argentina buscaban imponer desde el momento fundacional asociándola, al menos en un principio, con la ciudad y contraponiéndola a la barbarie del campo (ver Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, 1845).

En la cuentística de Mariana Enriquez (n. 1973) y Alejandro Soifer (n. 1983), dos escritores porteños, tal fusión de la civilización y barbarie –o la *civilibarbarie*, para usar el término de Drucaroff–, es general. Especialmente en sus cuentos “El chico sucio” y “Ese zombie” (Enriquez y Soifer, respectivamente), este binomio pierde su valor antitético mostrando una convivencia indiscernible de civilización y barbarie. No solo este, para ser más exactos: lo mismo ocurre con mente/cuerpo y toda la serie correlativa que estructuraba al sujeto cartesiano y la metafísica cristiana (Rodríguez Magda). Ambos textos insisten en el carácter netamente discursivo de estas antinomias –de crear (construir) y no reflejar la realidad y al sujeto–. Cuestionan las oposiciones fundantes no solo de la modernidad argentina, sino de la modernidad en general.

En el presente texto, propongo leer los cuentos mencionados desde este cuestionamiento, precisamente, de la percepción dualista de la realidad argentina, desde el cuestionamiento del paradigma binario que aún tenemos

¹ Llamada también narrativa argentina de las generaciones de posdictadura.

naturalizado y que la posmodernidad antes, y ahora la transmodernidad, contradicen.

1. DE LA CIVILIZACIÓN/BARBARIE A LA CIVILIBARBARIE

La historia de la Argentina moderna confirma, de hecho, la existencia del binomio civilización/barbarie como artificio ideológico (cultural) y político.

Si la literatura se organizaba en torno de esta imagen matriz antitética, la violencia –este par especular del espíritu y la razón– impregnaba los proyectos civilizatorios del país. Para Betina Kaplan es posible hablar, incluso, de la naturalización de la violencia, convertida en parte íntegra del paisaje americano y de la idiosincrasia de sus habitantes. La violencia, dice esta investigadora, ha sido vista como la marca que cruza la historia política, social y económica del continente desde la conquista hasta la actualidad. Su pensamiento y literatura han servido siempre tanto para “relatar violencias pasadas”, como para “programar violencias, en la medida en que estos textos también son una indagación sobre el futuro de la nación” (Kaplan 2). Domingo F. Sarmiento llega a incluir la violencia, la exclusión y el exterminio en “la concepción de ‘progreso’ de la generación del 80 que estableció las bases de la formación del Estado argentino” (Kaplan 3). Un siglo más tarde, Ariel Dorfman irá un paso más allá presentando la violencia, en una visión existencialista, como la esencia misma de la identidad hispanoamericana, “la prueba de que yo existo”, “el color del destino” (15-16). En su *Imaginación y violencia en América*, afirmará que la violencia en el continente “surge desde la realidad misma” (18).

No es solo que la violencia forme parte íntegra de la civilización, poniéndose al servicio de las luchas civilizatorias del continente y contradiciendo así la separación de las dos realidades. Un breve rastreo de los avatares de esta antinomia fundacional, como el que realizan Agnieszka Flisek y Barbara Jaroszuk, expone el proceso de resemantización que había sufrido en la sucesión de poderes políticos y sociales:

Así, por ejemplo –dicen– los intelectuales nacionalistas del Centenario (Gálvez, Lugones) rectifican la distorsión etimológica que sufrieron los términos del binomio en la interpretación de la Generación del 37, convirtiendo a los extranjeros –otora luminarias de la civilización– en lo que etimológicamente significaban: bárbaros, los otros de la nación

argentina. Por otro lado, ya en la primera mitad del s. xx, Rodolfo G. Kusch y Arturo Jauretche, desde sus posiciones revisionistas y de izquierda nacional, denunciaban la “civilización” por opresora, eurocéntrica y promulgadora de un modelo económico pro-imperialista, mientras asociaban lo “bárbaro” con la vitalidad y la autenticidad del pueblo oprimido. (s.p.)

También Drucaroff llama la atención sobre esta capacidad del poder de transmutar las realidades y asimilar al otro-bárbaro. Siguiendo la estela de Ludmer, remite al gaucho como el ejemplo paradigmático de tal resignificación en la cultura argentina: este “monstruo”, el bárbaro sarmientino por excelencia, es domesticado por la opción política contraria –los federales–, quienes “le hace[n] cantar *sus* intereses, *su* proyecto de patria” (*Los prisioneros* 478). El bárbaro termina deviniendo el símbolo de la civilización argentina.

Esta transmutabilidad, revestida de verdad única o realidad, la lleva a constatar –como antes a muchos otros críticos, Noé Jitrik entre ellos²–, que “aquella dupla de enemigos” nacida en el siglo xix nunca fue más que un simple sustento ideológico del proyecto de instauración de la modernidad en Argentina que se mantuvo vigente también en el siglo xx. “¿La superó la gente de posdictadura?”, se pregunta Drucaroff; y responde: “No. Simplemente, la antinomia se volvió inservible o (mejor) desnudó que siempre lo había sido” (*Los prisioneros* 484).

Para algunos, nunca pasó del carácter discursivo, instrumental, de un tropo al servicio de una realidad dicotómica, confrontada, que había caracterizado a Argentina desde su independencia. Maristelle Svampa apunta, en este sentido, que la antinomia civilización/barbarie constituye “una metáfora más o menos recurrente del lenguaje político, que reaparece en momentos de confrontación política aguda y a través de la cual la sociedad presenta sus divisiones bajo la forma de antagonismos inconciliables” (10). Entre estos, enumera los que son, para ella, antinomias “reales”, ciertos –como dice– clivajes socio-políticos (interesante término también psicológico), que desde siempre polarizan el espacio argentino, tales como “Unitarios /

² En su “Para una lectura de *Facundo*, de Domingo F. Sarmiento”, Jitrik se refiere a la antinomia fundacional de Argentina como una fórmula verbal de gran valor ideológico en las guerras sociales, que permanece en la memoria cultural. También para Drucaroff es “una construcción discursiva que opera en el Orden de Clases, [...] un ideologema y una ficción con la voluntad de justificar, explicar y también *congelar* significaciones claves en nuestra sociedad: lo bueno y lo malo, la meta noble versus la amenaza (destruccion resultado posible), el orden nacional versus el caos y la disolución” (“Ricardo Piglia...” 75).

Federales, Centro / Interior, Causa / Régimen, Peronismo / Antiperonismo, Pueblo / Oligarquía, Patria / Imperialismo” (10).

Sin embargo, tal visión, primero, tiende a excluir a otros sectores menos *vociferantes*, como los indígenas o comunistas (para dar un ejemplo más inmediato), reproduciendo al mismo tiempo los dualismos que caracterizan la modernidad. Segundo, obstruye la perspectiva más amplia que nos hace inscribir todas estas antinomias en un paradigma cultural, denominado modernidad, dándole valor de una simple figura retórica (metáfora) perfectamente aplicable a cualquier época.

Compartimos este enfoque con Drucaroff quien enlaza *expressis verbis* la primera parte de la oposición –civilización– con “el ‘alma’, el espíritu, la razón, las ideas, lo semiótico en definitiva”, y la segunda –la barbarie– con “el ‘cuerpo’, los ‘instintos’ carnales, la violencia, la locura y el descontrol, la amenaza que constituye lo no semiótico para esta cultura patriarcal (falologocéntrica³). De un lado están los libros, del otro los iletrados salvajes asesinos y sangrientos”, resume la crítica (*Los prisioneros* 478).

El agotamiento de tal visión dualista del mundo, en que el poder se debatía entre dos fuerzas principales y dejaba afuera al resto de la población (piénsese en la antinomia sujeto / no-sujeto, hombre / mujer), apunta no solo a las falacias de la modernidad. Atestigua asimismo el cambio de paradigma que, desde hace un tiempo, describen los críticos como Jean-François Lyotard (*La condición posmoderna* 1979) o Rosa María Rodríguez Magda (*La sonrisa de Saturno. Hacia una teoría transmoderna* 1989), entre muchos otros.

Dicho cambio de paradigma del orden global, en Argentina es enlazable directamente con dos hechos de la historia reciente del país. En primer lugar, son, sin duda, la dictadura y sus atrocidades, que la nueva política mnémica del kirchnerismo con la ley de reparaciones y el accionar de los HIJOS⁴ reactualizan, traen con redobladas fuerzas al espacio de discusión. La última dictadura cívico-militar (1976-1983), que enarboló los valores de la civilización occidental y cristiana, perpetró, en defensa de estos, los crímenes más aberrantes de la historia de Argentina (secuestros, desapariciones, torturas, apropiación de niños, bienes robados, etcétera). Lo que separa las generaciones de posdictadura (NNA) de las generaciones de militancia, según Drucaroff (2011), es precisamente el vivir al asedio del fantasma de aquellos

³ Esta es la grafía que le da Drucaroff al término de Jacques Derrida, el falocentrismo. En esta forma lo usa también en su ensayo *Otros logos. Signos, discursos, política* de 2015.

⁴ Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio.

horrores que en los setenta u ochenta (en su infancia) no pudieron abarcar cognitivamente por su poca conciencia cívica de niños que eran, y luego, en su adolescencia, fueron obturados por las leyes de impunidad (1986 y 1990).

En segundo lugar, influye en la visibilidad de la crisis del concepto de civilización, el fracaso de la racionalidad económica con su punto culminante en diciembre de 2001. La peor de las crisis de Argentina puso de manifiesto que el modelo económico neoliberal no es sino “un plan de saqueo y exterminio fríamente calculado por las mentes más brillantes. Ese plan generó la situación más deshumanizante del siglo xx, al sumir a más de la mitad de la población en la pobreza” (Pérez 1378). Parafraseando a Drucaroff, se puede decir que ni el terrorismo de Estado ni la crisis de 2001 se produjeron “por un avance de la barbarie contra la civilización sino que [estallaron] en el corazón mismo de esta” (*Los prisioneros* 481)⁵.

A su juicio, estos hechos pusieron en evidencia, de forma especialmente dolorosa, tanto la circularidad de la barbarie en la historia argentina, como su perfecta convivencia con el proceso civilizatorio y, en definitiva, la ausencia de la relación antitética fundante. Asimismo, tuvieron incidencia en lo profundo de la transformación. Una mirada panorámica⁶ sobre la producción literaria de las generaciones de posdictadura muestra que la distinción entre civilización y barbarie, que durante siglos mantuvo las guerras sociales (Jitrik 23), hacia el siglo xxi perdió su potencia, que ya no es productiva en términos literarios ni se sostiene culturalmente. Perdió toda su operatividad ideológica que hacía ponerse a los intelectuales argentinos a favor o en contra en esta antinomia. La pregunta ¿de qué habla la literatura de posdictadura: de civilización o de barbarie?, que plantea la crítica argentina, solo trae una respuesta posible: “barbarie y civilización se han fundido, perdió sentido aquel coordinante o que las separaba, ahora son indiscernibles” (*Los prisioneros de la torre* 477).

⁵ Drucaroff sitúa la brecha en los años noventa (*Los prisioneros* 479) con las generaciones de la posdictadura que empiezan a escribir en esta década (“Ricardo Piglia...” 76), sin embargo, es posible perfilar las primeras manifestaciones de este cambio en la narrativa de Rodolfo Walsh (por ejemplo, su cuento “Simbiosis” aparecido en *Vea y Lea* en 1956) o también en el relato fantástico relacionado con el peronismo. Para la crítica argentina, el escritor bisagra sería Piglia. Ver “Ricardo Piglia, la máquina de invención política y la civilibarbarie”.

⁶ Drucaroff analiza, entre otros, *Las islas* de Carlos Gamerro, *El año del desierto* de Pedro Mairal, *Entre hombres* de Germán Maggiori, “La hermana Cleopatra” de Gabriela Cabezn Cámara, la obra de Washington Cucurto. En otro lugar, hace incursión en la civilibarbarie en el policial en el ejemplo de *Entre hombres* de Germán Maggiori, *Reality* de Beatriz Vignoli, *La mitad mejor* de Marcos Herrera y *Un publicista en apuros* de Natalia Moret (“Policial civilibárbaro...”).

Ahora son un único sustantivo que une sin conflicto a “dos términos durante tanto tiempo conflictivos” y que pone de manifiesto que “la civilización es en sí misma barbarie, la barbarie es civilización” (“Ricardo Piglia...” 77).

La civilibarbarie sería exactamente eso: la fusión de dos campos semánticos, anteriormente separados y antagónicos, que ahora se vuelven indiferenciados e indiferenciables y cuya simbiosis no conlleva tensión alguna.

2. “EL CHICO SUCIO” DE MARIANA ENRIQUEZ. EL ESPACIO

En el cuento “El chico sucio”, de Mariana Enriquez, la civilibarbarie constituye un dispositivo narrativo estructurante, visible tanto en el espacio como en las relaciones sociales. Sobre todo la configuración cronotópica de la narración resalta esa condición de la civilización que convive indiscernible con la barbarie.

La narradora protagonista, mujer de clase media, se muda al barrio que recibe su nombre por la Constitución de Buenos Aires, firmada en 1854 –barrio de Constitución–; ella lo describe de este modo:

Constitución es el barrio de la estación de trenes que vienen del sur a la ciudad. Fue, en el siglo XIX, una zona donde vivía la aristocracia porteña, por eso existen estas casas, como la de mi familia –y hay muchas más mansiones convertidas en hoteles o asilos de ancianos o en derrumbe del otro lado de la estación, en Barracas–. En 1887 las familias aristocráticas huyeron hacia el norte de la ciudad escapando de la fiebre amarilla. Pocas volvieron, casi ninguna. Con los años, familias de comerciantes ricos, como la de mi abuelo, pudieron comprar las casas de piedra con gárgolas y llamadores de bronce. Pero el barrio quedó marcado por la huida, el abandono, la condición de indeseado. Y está cada vez peor.

Pero si uno sabe moverse, si entiende las dinámicas, los horarios, no es peligroso. (Enriquez 10)

La insistencia en estos detalles al principio de la narración nos ubica en un sitio a la vez central de la nación argentina, y marcado por la barbarie desde su origen. Lugar de las élites porteñas y su poder político y económico, fluctúa según los nuevos gérmenes de la fiebre amarilla, la fiebre de la pobreza y otros residuos del capitalismo cada vez más salvaje, más zombi

(Harman). También la fiebre del mismo poder: en este barrio, recordemos, y más exactamente en la zona del Hospital de la Convalecencia, situó Esteban Echeverría el matadero de su famosa obra, el microcosmos de la situación política de la Argentina de Rosas, las aberraciones de sus partidarios y el conformismo bárbaro del pueblo.

En el presente de la narración, el barrio sigue teniendo el poderío arquitectónico de antaño, aun decaído; sigue preservando el esplendor de aquel poder y, al mismo tiempo, es el escenario en que se incrusta el poder de nuevos actores sociales: los ladrones, los sin techo, los travestis, etc. Lo que antes era el centro a secas, ahora se diluye con aquello que era la *periferia* de la ciudad letrada, los llamados *no-sujetos*. Y solo la nieta de aquellos comerciantes ricos permanece en la mansión de la familia, el enclave del antiguo poderío señorial en un barrio considerado en la actualidad el más peligroso de Buenos Aires.

Los límites de esta zona existen, pero solo en teoría y son convenidos: “la policía”, se dice en el relato, “tenía permitido robar en la avenida, con límite en el puente de la autopista –tres cuadras liberadas–” (Enriquez 11). Sin embargo, esta línea imaginaria se rompe con la cantidad de la gente que vive en la calle, también en otras partes de la ciudad, y de forma masiva en la plaza del Congreso, otro lugar simbólico del poder argentino:

Constitución no es fácil y es hermoso, con todos esos rincones que alguna vez fueron lujosos, como templos abandonados y vueltos a ocupar por infieles que ni siquiera saben que, entre estas paredes, alguna vez se escucharon alabanzas a viejos dioses.

También vive mucha gente en la calle. No tanta como en la plaza Congreso, a unos dos kilómetros de mi puerta; ahí hay un verdadero campamento, justo frente a los edificios legislativos, prolijamente ignorado pero al mismo tiempo tan visible que, cada noche, hay cuadrillas de voluntarios que le dan de comer [...] En Constitución la gente de la calle está más abandonada, pocas veces llega ayuda. (11)

Como dice Drucaroff, “ha caído la construcción del acá y el allá como lugares irreductibles” y con ella la idea de frontera (“Ricardo Piglia...” 79).

No solo la dinámica del espacio y tiempo pincela una imagen desesperanzadora de la civilbarbarie en este relato de Enriquez; también el lenguaje con sus juegos que, al menos en una sensibilidad que se pretende democrática, resultan oximorónicos: Congreso – Constitución (carta magna) – gente en

la calle – abandonada – sin ayuda. Habla no solo de la total vigencia de la civilizarbarbarie, sino también de la fantasmagoría de Argentina como país. El Estado de derecho –el Estado en general– es ausente. No existe como responsable de ordenar y administrar la vida en sociedad.

La convivencia de la nieta de los señores burgueses (en el lenguaje dicotómico de antaño: *sujetos*) con los otros (antes: bárbaros, *no-sujetos*) tampoco parece conflictiva; todo lo contrario. Como se ha dicho en una cita anterior, “si uno sabe moverse, si entiende las dinámicas, los horarios, no es peligroso”. Es más, si uno saluda “a los vecinos aunque sean delincuentes –especialmente si son delincuentes–”, y se sabe otras “claves”, se moverá por el barrio con la tranquilidad de un vecino más. Y como dice la narradora, “yo las manejo perfectamente [estas claves]” (11). Ella –*sujeto*– y los demás –los *no-sujetos* de la modernidad– son ahora uno y lo mismo: “–Chau, vecina” –le despide un niño de cinco años que vive en la calle enfrente de su casa, al llegar los dos juntos del subterráneo. “–Chau, vecino” –le contesta la narradora (12).

Lo único que podría trazar todavía una tenue barra divisoria es el espacio de la casa, la casona esplendorosa en el contexto de la intemperie del resto del barrio, pero esta también se encuentra tan deteriorada y descascarada que recuerda más bien la sombra de su antigua grandeza y de la misma idea del progreso civilizatorio. El comportamiento de la narradora, en cambio, no deja dudas. Este personaje fluctúa incansable uniendo la dupla antagónica de civilizado y bárbaro, se muestra dinámico y susceptible de ser resemantizado conforme se resemantiza también el mundo representado en el relato y se desarrolla la diégesis.

Para empezar, este personaje entra en unas redes de relaciones sociales organizadas según ciertas normas, producidas y reproducidas por un conjunto de habitantes de un territorio determinado. Si por civilización entendemos la constitución de una sociedad compleja que se define por elementos de objetivo común (su forma de organización, sus instituciones, tecnología disponible, el idioma o las creencias) y por la autoidentificación subjetiva de los individuos (Huntington), la sociedad que se presenta en el relato es una forma de civilización, aun degradada por el neoliberalismo. El mundo ficticio de “El chico sucio” se rige por una serie de reglas y normas internas, que siguen todos los habitantes del barrio. Tiene sus códigos, tecnologías del yo, modos de penalización de conductas sociales erróneas; también cuenta con un sistema de creencias desarrollado.

En el barrio –leemos–, “allá atrás” es una referencia al otro lado de la estación, pasando los andenes, ahí donde las vías y sus terraplenes se pierden hacia el sur. Ahí suelen aparecer altares para santos menos amables que el Gauchito Gil. Sé que Lala lleva hasta el terraplén – siempre de día porque puede ser peligroso– sus ofrendas para la Pomba Gira, sus platos coloridos y sus pollos comprados en el supermercado porque no se anima a matar una gallina. Y ella me contó que hay montones de San La Muerte “allá atrás”, el santito esqueleto con sus velas rojas y negras. (18)

Esta estructura estable se ve desestabilizada con el impulso venido desde afuera: el asesinato de un niño llamado por los medios Nachito, y el Degolladito por los habitantes de Constitución. (La misma Enriquez establece referencias con uno de los mayores mitos de la Argentina moderna, esto es, el Gauchito Gil). Original de Castelar, es encontrado en el barrio de Constitución con un cuerpo macabramente torturado y decapitado. Por el *modus operandi* del asesino, se achaca la autoría a los narcos (“Sarita contaba que, en su pueblo, en el Chaco, había pasado algo similar, pero con una nena”, 29), aunque también hay quien sospecha de una ofrenda a San La Muerte (elemento interno de la comunidad). El crimen convulsiona la tranquila vida de la comunidad, provocando un verdadero terror entre la gente, pese a muchas “historias” propias del barrio, que ya “se cuentan en voz baja” (15).

En segundo lugar, en esta estructura social la bárbara es ella, la narradora protagonista, “la condesa morbosa en el palacio de la calle Virreyes“, como la describe su amiga Lala (22). Recordemos que, etimológicamente, el término bárbaro hace referencia al extranjero, aquella persona que no actúa según las normas de cultura dominante. En el relato esta condición suya de extranjera es subrayada al principio con las palabras de Lala: “–Qué sabrás vos de lo que pasa *en serio* por acá, mamita. Vos vivís acá, pero sos de otro mundo” (14). A lo largo de la diégesis, sin embargo, este personaje se dinamiza y evoluciona a medida que se involucra en las relaciones sociales con otros miembros de la comunidad. Y el vehículo para este cambio –que lo provoca y da constancia de él– es el chico sucio que da título al relato.

Su interacción con este niño marca el proceso de barbarie que aflora en el personaje, o mejor dicho, que el mismo personaje de la narradora ve aflorar en sí mismo. Descubre, entre otros, “lo poco que me importaba la gente, [...] lo naturales que me resultaban esas vidas desdichadas” (19). El asesinato de “Nachito de Castelar” opera como iluminador de sus propios remordimientos a raíz de su actitud indiferente, inhumana, salvaje con respecto al chico sucio;

remordimientos que ahora cristalizan en la insoportable convicción de que el chico asesinado es su pequeño vecino. Su desaparición provoca un cambio en la percepción que la narradora tiene del mundo. Sobre todo, el enojo que sentía hacia la madre –una joven drogadicta embarazada–, a causa del sino que había deparado a sus hijos, deja lugar al enojo hacia sí misma por la propia pasividad ante la miseria humana. La proximidad de la intemperie del muchacho, las condiciones infrahumanas en que vivía y a las que ella asistía a diario, evocan en ella una serie de reacciones que –ahora ya lo sabe– habría tenido una persona que se tiene por *civilizada*. Pero también de la asimilación en esta cultura: el bárbaro es también aquel que no se involucra en la vida de la comunidad, falto de compasión hacia la vida y la dignidad del otro. En fin, se produce no tanto la reversibilidad de los pares, como la difuminación de la barra divisoria entre su propia barbarie y civilización:

¡Por qué no lo cuidé, por qué no averigüé cómo sacárselo a la madre, por qué al menos no le di un baño! Si tengo una bañadera antigua, hermosa, grande, que apenas uso, en la que me doy duchas rápidas sola, que muy de vez en cuando disfruto con un baño de inmersión, ¿por qué, al menos, no quitarle la mugre? [...] ¿cómo lo dejé andar descalzo, de noche, por estas calles oscuras? No tendría que haberlo dejado volver con su madre. [...] ¡Me enojé con un chico aterrorizado, hijo de una madre adicta, un chico de cinco años que vive en la calle! (23)

La inacción deja lugar a la acción brutal y violenta: cuando ve a la madre, ya sin la panza ni el chico sucio, la agrede frente a su casa, esa mansión decimonónica que era signo de la civilización argentina. ¿No es, acaso, reacción ante su propia barbarie descubierta? ¿La barbarie inherente a todo proceso civilizatorio cuya negación lleva a la espiral de la violencia? Su inmunidad al dolor ajeno es el espejo de la barbarie propia y, también, la de las élites argentinas; el germen de la barbarie que siempre cultivaba adentro o, como dirá en otro relato del volumen, “el lado oscuro de la orgullosa Argentina del Centenario” (87). Ella, la narradora, lleva en sí los elementos tanto de civilización como de barbarie en un único ya campo semántico, indiferenciado e indiferenciable.

Esta sería la gran paradoja en la que ya había reparado Adorno. Refiriéndose a los campos de concentración europeos, dice en su *Dialéctica de la Ilustración* que esta, la Ilustración, suponía –erróneamente– el abandono del mito y de la barbarie. “El chico sucio” de Enriquez se alinea con esta serie literaria

post-Auschwitz que apunta a que la Ilustración trae en su seno el retorno de la barbarie. Como en la cinta de Moebius, la barbarie y la civilización fluctúan en la historia moderna argentina mostrándose una inherente a la otra. Sin embargo ahora, en las generaciones de posdictadura, devienen en hermanos siameses volviéndose totalmente imposible discernir dónde empiezan o terminan los límites del par del binomio. Ya no es civilización que combate a la barbarie (el proyecto iluminista de Kant): es civilizarbarbarie.⁷

3. “ESE ZOMBIE” DE ALEJANDRO SOIFER. EL TIEMPO

Pese a las diferencias de género literario y tiempo narrativo, “Ese zombie” de Alejandro Soifer comparte muchos lugares comunes con el anterior relato de Enriquez. Ambos son lo que se podría denominar ficciones de las ruinas del progreso kantiano. Asimismo, ambos resaltan el vínculo existente entre la literatura y la historia que subyace a estas reflexiones, aunque quizás en el relato de Soifer este resuene con más potencia, con toda su fuerza. No olvidemos que, como dice Jacques Rancière en *Figuras de la historia* (2013), la literatura es la materialidad que conserva memoria en su propio ser. No está pensada para ser un documento historiográfico y, sin embargo, conserva las huellas de los hechos del pasado transformando todo presente en el dispositivo discursivo de su tiempo. El proceso no es mecánico; al contrario. La escritura en general, y sobre todo la ficcional, siempre deja lugar a la pensatividad (Rancière, *El espectador...*), a la pluralidad de significaciones que nunca están fijas, sino que crean sentido en relación con los marcos de un momento histórico dado. Es, en este sentido, el monumento de lo que ha sido (Le Goff) y el archivo⁸ de lo decible y lo indecible, que traduce las luchas de un espacio sociodiscursivo dado (Foucault).

“Ese zombie” pertenece a la ciencia ficción. En un futuro distópico, un policía federal, el comisario Weber, hace guardia en un puesto en la línea del frente de la invasión zombi. Como es típico de los paisajes poscataclísmicos, las nubes de un color “turbio gris oscuro” cubren el cielo abovedando como

⁷ A partir de Kant, todo aquello que no era racional era bárbaro, excluido de la “humanidad”, y al no encajar en el proyecto iluminista ilustrado europeo debía ser transformado, civilizado.

⁸ Entendido como “la ley de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares”, el “*sistema general de la formación y de la transformación de los enunciados*” (Foucault 219, 221, cursiva en el original).

una lápida de la Nueva Buenos Aires (16). La amenaza se expande por toda la ciudad abandonada y destruida. El agente de la “vieja guardia” (18) se hace un café y en el reflejo en la tapa del frasco –encontrado en el hogar de una familia convertida en zombi–,⁹ lee:

CAPITAL FEDERAL

Ley dictada por el Congreso Nacional

el XX de setiembre de MDCCCLXXX

a iniciativa del Presidente NICOLÁS AVELLANEDA

Decreto del Presidente

JULIO ARGENTINO ROCA

VI de diciembre de MDCCCLXXX. (“Ese zombie” 17)

El relato de Soifer se construye, entonces, como el relato de Enriquez, en torno a los actos fundacionales de Argentina. La inscripción reflejada en la tapa remite al referente real, y más precisamente, al obelisco porteño en cuya fachada oeste se encuentra tallada. Levantado en el cuarto centenario de la primera fundación de Buenos Aires (1536), en el presente de la narración se encuentra en ruinas. Pero “la inscripción –informa Weber– se había quedado intacta” (17). Esta, en términos históricos, hace referencia a otra de las fundaciones de la ciudad: a su conversión *por la fuerza* en la capital de la República. La federalización de la ciudad, a iniciativa de Nicolás Avellaneda y ley de Julio Argentino Roca, puso fin a un largo conflicto entre los federales y los unitarios, que había convulsionado el país desde su independencia, pero se llevó a cabo mediante un proceso particularmente cruento. La habían antecedido las violentas persecuciones a los opositores de la Confederación, un asedio de la ciudad por los federales y feroces combates de los que los unitarios salieron derrotados, la provincia dividida y Buenos Aires sometida al control de los federales (ver Revolución de 1880)¹⁰. Ahora son ellos, los federales, los que sufren el asedio en la capital argentina.

Este dato, junto con las asociaciones a las antinomias fundantes que suscita –unitarios / federales, civilización / barbarie–, constituyen solo un punto de partida para la diégesis. Como el espacio en “El chico sucio” de

⁹ Se trata de una perfecta puesta en escena de la teoría de Beck acerca de las “categorías zombis” y la familia como uno de sus ejemplos.

¹⁰ Su valor estratégico se debía al puerto, el único en aquel momento. De ahí también el gentilicio porteño para la ciudad de Buenos Aires (y bonaerense para la provincia).

Enriquez, en el relato de Soifer el tiempo va trazando círculos cada vez más amplios hasta que sus límites se diluyen por completo. Con ellos se diluye también la barra divisoria que separa los dos campos del binomio. Los pares antinómicos empiezan a bailar sobre su propio eje: una vez la barbarie está por un lado del conflicto, otra vez por el otro, hasta que la relación antitética desaparece definitivamente. Al aparecer en la trinchera del comisario Weber, el enviado de la Junta de Gobierno, el conscripto de nombre Martín, usa la contraseña “Viva la Santa Federación” (“Ese zombie” 18). Sin embargo, el desarrollo narrativo posterior con sus múltiples alusiones a la última dictadura argentina, como demostraremos a continuación, hace referencia al conflicto ideológico del siglo siguiente, que culminó en el golpe militar de 1976 y masacre de miles de personas. El mismo género zombi sitúa la acción en un futuro posapocalíptico, no determinado salvo por el nombre de la ciudad –la Nueva Buenos Aires– y detalles biográficos del comisario Weber, muy difusos, como “una guerra anterior y [...] la prisión” a las que sobrevivió, y su edad: “estaba grande. Muy grande” (17). El efecto de la supresión del tiempo acrecienta, además, la sucesión interminable de guerras y esa edad confusa del personaje: “ya no se acordaba de qué guerra estaba combatiendo, de a ratos su memoria lo traicionaba y la certeza de que *era una única guerra que nunca había terminado* le volvía o quizás nunca se le había ido del todo de la cabeza” (18; cursiva mía).

Otro punto en común con el relato de Enriquez es la intemperie que se expande por toda la ciudad, escalando hacia una catástrofe a raíz de la invasión zombi. Llama la atención el uso de la terminología médica –la infección– y sus claras reminiscencias a la retórica de la última dictadura cívico-militar en Argentina. Como en la década de los setenta, aquí también aparece la necesidad de combatir, matar, extirpar el elemento extraño aun cuando la amenaza no sea un cáncer, que corrompe el cuerpo social (ver discursos de Videla), sino la efectiva corrupción del cuerpo: su zombificación. La relación con aquella época es intencional y a todas luces buscada mediante esta poética de la enfermedad y expresiones como “el primer brote infeccioso había hecho metástasis” (“Ese zombie” 16):

Nueva Buenos Aires era un basurero a cielo abierto. El Riachuelo había desbordado después que se detectaran los primeros casos de infectados. Algunos creían que eso había ayudado a desparramar, diseminar esa *enfermedad ajena, extranjera, que había salido del Río de la Plata*, y la había llevado por toda la ciudad. Él no creía en

esas pelotudeces. Él creía que lo único a lo que había aportado el desborde del Riachuelo era a que ahora hubiera olor a mierda por todos lados. (17; cursiva mía)

No es casual que el río sea la fuente de los muertos vivientes. En primer lugar, y como es sabido, el Riachuelo pertenece al grupo de los ríos más contaminados del mundo y constituye la causa de los altos niveles de plomo en la sangre de los habitantes de este distrito, uno de los más pobres y más poblados del conurbano. Se convirtió también en el destino final de muchos cuerpos víctimas de diversos crímenes. Sin embargo, teniendo en cuenta el pasado reciente de Argentina y, sobre todo, a la luz de las resonadas entrevistas de los personajes protagónicos de la dictadura, como Jorge Rafael Videla, no es posible obviar las alusiones a los miles de los detenidos-desaparecidos arrojados vivos, sedados con pentotal, a las aguas de Buenos Aires en lo que se dio en llamar los vuelos de la muerte. Estos se cincelaron en la cosmovisión de una época tras las confesiones de Adolfo Scilingo, el marino que reconoció públicamente su participación en ellos en una declaración prestada a Horacio Verbitsky (*El vuelo*, Planeta, 1995).

Les decía aquel 25 de agosto de 1998 el líder del proceso dictatorial argentino, Videla, a sus entrevistadores, María Seoane y Vicente Muleiro:

No, no se podía fusilar. Pongamos un número, pongamos cinco mil. La sociedad argentina no se hubiera bancado los fusilamientos: ayer dos en Buenos Aires, hoy seis en Córdoba, mañana cuatro en Rosario, y así hasta cinco mil. No había otra manera. Todos estuvimos de acuerdo en esto. Y el que no estuvo de acuerdo se fue. ¿Dar a conocer dónde están los restos? ¿Pero, qué es lo que podemos señalar? ¿En el mar, el Río de la Plata, el riachuelo? Se pensó, en su momento, dar a conocer las listas. Pero luego se planteó: si se dan por muertos, enseguida vienen las preguntas que no se pueden responder: quién mató, dónde, cómo. (s.p.)

La figura del desaparecido –ni muerto, ni vivo– marca su presencia en el relato también mediante el *modus operandi* del comisario Weber. Las prácticas aprendidas durante su largo servicio al Estado e incorporadas en su propio modo de actuar, su *habitus*, sugieren un pasado oscuro, incluso una participación activa en las patotas, como se llamaba en esa época a los grupos de tareas destinados a secuestrar, torturar y asesinar a los opositores del régimen. “–¡Pendejo de mierda, sos uno de ellos! ¡Hijo de puta te voy a

hacer desaparecer y nunca más nadie va a saber nada de vos la concha de tu madre!”, le grita a Martín en un ataque de rabia ante lo que creía ser una trampa tendida por los subversivos: “Lo sabía. Los zombies habían ganado. *Su contraofensiva final*. Lo habían conseguido. El pibe era un enviado de las nuevas autoridades que estaban bajo su dominio” (“Ese zombie” 19; cursiva mía).

Con esto, el comisario Weber evoca un hecho histórico que se dio en llamar la contraofensiva estratégica de Montoneros. El avance de los zombis desde el río desbordado por una “enfermedad extranjera”, comunista, sería la tercera de las oleadas de la operación que realmente se dio entre agosto de 1979 y septiembre de 1980. Vencidos y desaparecidos en la “vida pasada” de Weber, ahora, en este presente narrativo distópico, el “rebrote subversivo” vuelve para su victoria final (19, 18).

Esa acción de amplio alcance supuso la desarticulación de la guerrilla peronista. Se llevó a cabo para derrotar la dictadura, que la organización Montoneros creía tambaleante, e intervenir nuevamente en la escena política del país en el proceso de democratización. Después de que el terrorismo de Estado fuera en aumento y sobre todo con la virulencia que tomó tras el golpe de Estado, la conducción nacional (en la reunión del Consejo Nacional¹¹ de septiembre de 1976) ordenó la retirada estratégica. Este “estadio defensivo dentro de los marcos de la guerra revolucionaria planteados por Mao Tsé tung” (Confino, *La contraofensiva* 52), preveía la ampliación de la resistencia en el exterior del país, lo que se tradujo en el traslado de la cúpula al extranjero y el exilio de los miles de militantes. Los retornados formaron dos estructuras independientes y con objetivos distintos: las Tropas de Agitación (TEA) responsables de agitación y propaganda, y las Tropas Especiales de Infantería (TEI) encargadas de atentados contra los puntos estratégicos del régimen, ante todo del campo de la economía (Confino, “Tensiones”). Sin embargo, sus acciones, al igual que las de las estructuras de la segunda contraofensiva, resultaron en el fracaso político y militar, dando lugar a muchas controversias y el estatus de tabú de la operación.

Como indica Pilar Calveiro en su *Política y/o violencia*, la contraofensiva estratégica tuvo consecuencias fatales y provocó el secuestro y la muerte de más de seiscientos militantes (85). Hernán Confino en su tesis doctoral de 2018 desmiente estas cifras, dando a conocer los nombres y las fechas de desaparición de ochenta y cuatro militantes montoneros secuestrados,

¹¹ La instancia máxima de la organización que reunía sus principales dirigentes.

asesinados y desaparecidos en el retorno organizado de los años 1979 y 1980 (375-377). Los cuerpos de algunos de ellos fueron encontrados sin vida flotando en el río, como el de Susana Solimano (la Chana), integrante del Grupo 1 de las TEA de la primera contraofensiva, desaparecida el 15 de septiembre de 1979 y aparecida el 11 de noviembre del mismo año en el riachuelo de Escobar (*La contraofensiva* 362)¹².

En la tercera oleada –la oleada zombi que se produce en el relato de Soifer– toman parte también aquellas personas desaparecidas antes de la contraofensiva y disidentes de la línea trazada por la dirigencia montonera (el militarismo de cuño foquista), como Rodolfo Walsh¹³. Periodista, escritor, militante de inteligencia de Montoneros, fue asesinado por una “ráfaga de FAL (fusil automático liviano)” y el “tiro de gracia” que le dio “el comisario Ernesto Enrique Frimón ‘220’ Weber, integrante de la patota. Su cadáver fue exhibido como trofeo en la ESMA” (la Escuela Mecánica de la Armada) (Baschetti). Con estas palabras Roberto Baschetti recuerda el intento del secuestro ilegal de Walsh el día 25 de marzo de 1977 por el grupo de tareas 3.3.2, que el mismo periodista frustró disparando con una pequeña arma y provocando su propia muerte. El “loro” –zombi parlante que los militares capturan y tienen preso en el Fuerte– declama las palabras de la famosa “Carta abierta de un escritor a la Junta Militar” fechada en el 24 de marzo de 1977: “Sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles” (“Ese zombie” 23). Ante las sospechas confirmadas, los militares no dudan en fusilarlo de nuevo: “–Sí, es él. Tenías razón –le dijo a Acosta–. Volvieron. Méntele un tiro en la cabeza y devuélvanlo al río” (23).

Llama la atención la manera en que se describe a los zombis, el gran otro, el bárbaro por excelencia de las civilizaciones occidentales, como apuntan los estudiosos del género (Montes, *De los cuerpos*; Montes, “El cuerpo otro”; Soifer, “Narrativas zombie”). Para Alicia Montes (“El cuerpo otro”) la figura

¹² Para más biografías de los militantes del peronismo revolucionario se puede consultar la página <http://www.robertobaschetti.com/>.

¹³ Muchos de sus amigos, como Juan Gelman, entre otros, posteriormente romperían con la Dirección de Montoneros a raíz de su rechazo de la contraofensiva, que consideraban una locura e impropcedente para el punto en que se encontraba en 1979 la dictadura. Este pronunciamiento disidente es posterior al secuestro y la desaparición de Walsh, pero la separación en el seno de la organización había empezado antes, en 1975. Ver también la “Rebelión de los tenientes”. Para más información, véase, entre otros, los textos mencionados de Confinio, asimismo la entrevista a Gelman por Roberto Mero (*Contraerrotta: Montoneros y la revolución perdida*, 2014).

de zombi encarna *lo otro monstruoso* en que la sociedad proyecta sus miedos colectivos. Es ese elemento extraño que la totalidad identitaria de la sociedad no quiere asimilar y, por tanto, lo vuelve cuerpo disruptivo, lo expulsa al afuera como lo abyecto. En ese momento activa “el guion recursivo de la leyenda de la lucha entre el Bien y el Mal”. En esta, dice Montes, el otro siempre es “portador de los signos de la maldad, de la barbarie, de la degeneración o de la enfermedad contaminante y por ello debe ser aniquilado” (“El cuerpo otro” s.p.). En este sentido, Soifer agrega que todas las épocas eligen sus propios monstruos de preferencia. En los noventa eran los vampiros que detrás de sus colmillos ocultaban “la seducción del capitalismo neoliberal implacable ante la caída de la Unión Soviética”. Aun antes eran los hombres lobo, luego, en 2000 se pusieron de moda los zombies que representan de modo simbólico una angustia social o algún temor, como el a la inmigración ilegal al que se aproxima fisonómicamente (“Narrativas zombie”).

Los calificativos con los que se describe al zombi del relato de Soifer, expuesto en el Fuerte, rondan la familia semántica de las palabras “monstruo” o “bestia” (“Ese zombie” 23). La descripción de su aspecto también responde a una aberración civilizatoria animalizada. Era

un zombie achaparrado, de frente amplia y carcomida, que llevaba unos anteojos de marco grueso negro rotos, un saco gris sobre camisa blanca con corbata y pullover deshilachado. De las cuencas de sus ojos vacías se escapaba un gusano alargado que recorría la parte interior del cráneo, entrando por uno de los agujeros y saliendo por el otro [...] olfateó la carne fresca debajo del traje aislante [del comisario Weber]. (23)

Su fisionomía cumple con las normas de género, no así su comportamiento, el cual, sin embargo, tampoco puede achacarse sin más a su pertenencia a las “narrativas zombies de segunda generación”. Con este término se refiere Soifer (“Narrativas zombie”) a esas narrativas donde, a grandes rasgos, los zombis aparecen más humanizados, incluso con la capacidad de memoria, pero una memoria ajena, incorporada de los cerebros humanos ingeridos, o las capacidades lingüísticas, que observamos también en el zombi-Walsh. En este último caso, estamos ante un zombi “letrado”, que guarda su propia memoria de la vida anterior a la conversión y lo muestra recitando, mecánicamente, los párrafos de sus propias obras. Incluso parecen dotados de una individualidad (nombre propio) frente a una sociedad zombificada, una

horda desindividualizada propia de los países neoliberales: “Nueva Buenos Aires era una tumba donde los vivos estaban más muertos que los mismos muertos que caminaban por las calles buscando hincar sus dientes en los cerebros” (“Ese zombie” 21).

Los zombis de Soifer no solo demuestran la capacidad de recordar y hablar, sino también –y es lo que más interesa– de organizarse y organizar una acción político-militar basada en los arcanos revolucionarios de las revoluciones china, sandinista o iraní: la tercera ola de la contraofensiva, la “contraofensiva final” (19). Suponen, al menos para las autoridades al mando, un riesgo importante que requiere la máxima movilización de las fuerzas de seguridad nacional.

Estas, si bien ocupan el centro del espacio político responsable por el progreso –La (casa) Rosada y el Fuerte con el que está conectada subterráneamente– no se encuentran muy lejos de la barbarie. Al contrario. Lo que cuestiona la naturaleza civilizatoria del progreso, de las autoridades, es la relación muy fuerte –a todas luces premeditada– del relato con la realidad extraliteraria y, en especial, con dos representantes de la maquinaria represora del régimen dictatorial, uno de ellos emblemático: el militar Jorge, el Tigre, Acosta, jefe de Inteligencia y del grupo de tareas 3.3.2 de la ESMA, condenado por delitos de lesa humanidad, y el comisario de la Policía Federal Ernesto Enrique Frimón Weber, alias 220 por los voltios de la picana que aplicaba a los presos, también condenado por delitos de lesa humanidad. Ambos acusados además por la apropiación de los niños nacidos en cautiverio, robo de las propiedades de los secuestrados, saqueos de sus viviendas: la nómina de los delitos es muy larga. La barbarie había contaminado a otros varios gobiernos argentinos de ambos bandos, como demuestran la mencionada ya federalización de Buenos Aires, la Semana Trágica (el gobierno de Yrigoyen) y otros acontecimientos históricos. Es, de hecho, inherente al proceso civilizatorio del país (¿de todos los países?). El relato deviene documento arqueológico de la civilibarbarie.

4. REFLEXIONES FINALES

El género zombi resurge en la era posmoderna como la expresión, en palabras de Alicia Montes, de “la experiencia de la alienación social y producción de consumidores compulsivos que se oculta en la época heroica del capitalismo avanzado”; constituye, asimismo, la encarnación de las inquietudes colectivas

proyectadas en la figura del *otro*, como decíamos (“El cuerpo otro”; ver también Fernández Gonzalo 22). En la Argentina del nuevo milenio suele ir íntimamente ligado a la crisis del sistema neoliberal cuya manifestación máxima fue el corralito y que mostró descarnada la condición zombi del poscapitalismo financiero.

Sin embargo, “Ese zombie” pertenece a las narrativas críticas con las políticas que permitieron las recurrentes crisis político-institucionales y económicas, los golpes de Estado y las dictaduras que siguieron. En este relato, el otro absoluto de la última dictadura –reducido a una ausencia inorgánica: el desaparecido– vuelve para reivindicar su derecho a ser parte de la historia. Podríamos decir que estos *otros* –los desaparecidos– asumen su “monstruosidad como bandera de lucha” contra una Argentina, una visión del mundo excluyente y tanática, “que no cesa de devorar la carne del mundo” (Montes, “El cuerpo otro” s.p.). Por lo general, los cuerpos de los zombis “funcionan como heterotopías de desvío” poniendo al descubierto “los antagonismos y las contradicciones no asumidos por el todo social” (“El cuerpo otro” s.p.; *De los cuerpos* 138), revelando su propia condición civilibárbara. Lo atroz ya no reside en la monstruosidad del zombi. Tampoco reside solo en el proceso civilizatorio que creía llevar a cabo Videla y sus adláteres. El *monstruo* del sistema dictatorial termina ejecutado por lo que comúnmente es considerado lo *monstruoso* del pasado reciente: los criminales condenados por delitos de lesa humanidad, financiado y formados, como se sabe, por el gobierno de un país que se quiere democrático y principal defensor del progreso en el mundo: los Estados Unidos¹⁴. Las instituciones de la civilización disimulan poco su barbarie y la figura de *ese zombi* demuestra que la ficción que sostenía esta dicotomía está quebrada. La pregunta quién es bárbaro y quién civilizado en esta historia pierde todo sentido. ¿O acaso hablamos de bárbaros civilizados y civilizados barbáricos?

Lo mismo ocurre en el relato “El chico sucio” de Enriquez, donde una representante del mundo civilizado se interna en un mundo de bárbaros integrándose a la perfección. La ambigüedad de los significados de civilización y barbarie, y de la frontera entre ellos, pronto hace pensar en que la barbarie en este relato tampoco reside en uno u otro término, sino en ambos: se vuelven indiscernibles. La oposición funciona apenas de forma residual (Drucaroff,

¹⁴ Me refiero a las consabidas ya en la actualidad acciones tomadas por la CIA estadounidense contra la “amenaza comunista”: la Doctrina de Seguridad Nacional, el Plan Cóndor, etc.

“La cicatriz...” como punto de arranque para una narración que al poco diluye ambos elementos en una convivencia idílica.

La presencia de la mancha temática de la civilizarbarbarie en los textos analizados muestra, tal y como arguye Drucaroff (“La cicatriz...” s.p.),

el final de la antinomia civilización-barbarie, lo cual no supone invertir la carga valorativa de uno a otro término (eso ocurrió a menudo en nuestra literatura, durante el siglo xx), tampoco discutirla. Significa algo mucho más radical: ignorarla (Drucaroff, 2017). No existe más esa oposición, salvo como memoria de un discurso que operó en el pasado y generó literatura hasta hace algunas décadas [...] la mayor parte de la narrativa de las generaciones argentinas que escriben desde los años ‘90 no conciben que haya oposición entre ambos términos; entienden sin asombro su inextricable fusión.

La circularidad de la barbarie temporal en el relato de Soifer y espacial en el relato de Enriquez subraya el carácter discursivo de un ideograma con el que se dirimía la cuestión nacional y el país se pensaba críticamente. Pone en evidencia su rol instrumental en el conflicto entre dos visiones del mundo, del desarrollo nacional, una diferencia entre dos modelos culturales principales. Sin embargo, pierde su potencia en la posdictadura. Los años noventa liberan el discurso social argentino (y de una buena parte del mundo) de su secular bipolaridad dando paso a una multiplicidad de voces: es un fenómeno bien visible en el campo mnémico argentino especialmente a partir de la entrada en el mismo de los HIJOS y los familiares de los desaparecidos; también en el campo sociodiscursivo a partir del triunfo del capitalismo salvaje, que desnudó la innata fusión del sofisticado capitalismo (principio del progreso en la modernidad) con su más desatada brutalidad.

No es que en posdictadura se superase la antinomia, como ya apunta Drucaroff (*Los prisioneros* 484). Es que la dictadura (como antes el Holocausto) supuso la puesta en escena del desastre de la civilización argentina, al igual que el cuerpo zombi el de la civilización occidental: su carne muestra “la carne del mundo convertida en escenario de experimentación y guerra contra un otro absoluto, en el que ya no puede verse ningún rasgo de humanidad. Lo diferente se ha vuelto indescifrable para los seres humanos, unidos por un pacto secreto y criminal que disfraza el miedo que les provoca su propia extimidad” (Montes, “El cuerpo otro” s.p.). Es la evidencia del desastre de la Modernidad –como este “concepto hegemónico [para Dussel] basado en el

dominio y la exclusión del Otro” (Rodríguez Magda 12)– y el advenimiento del cambio del paradigma social. El afán rupturista de la posmodernidad es sucedido por la idea transmoderna de la superación de todo lo binario reductor de lo plural en el prefijo trans- (‘a través de’) que describe la realidad actual. Y la *civilibardbarie* sería una de las manifestaciones de esta nueva ontología “voluntariamente sincrética en su ‘multicronía’”, ecléctica de modo “canallesco y angélico a la vez”, “transitada por todas las tendencias, los recuerdos, las posibilidades” (*Sonrisa de Saturno*, cit. en Rodríguez Magda 8).

lo trans nos habla de la coexistencia de tendencias heterogéneas, la pervivencia de secuencias temporales multicrónicas, de la ruptura de la historia como proceso unitario, distorsión de los agentes sociales clásicos, circulando los individuos en múltiples y contradictorias actuaciones e identidades de incidencia diversa en el cambio social. Histórica y socialmente nos hallamos pues en una multicronía. (16-17)

Viene a significar el “pluralismo, la complejidad y la hibridación” (17). Todos estos rasgos se han podido observar en los dos relatos analizados.

La transmodernidad –la modernidad *light*, lo posmoderno sin su inocente rupturismo, según la define su principal teórica, Rosa María Rodríguez Magda (8)– exhibe la desnudez de la antinomia fundante de la modernidad argentina. En posdictadura no se superó la antinomia civilización o barbarie, como decíamos con Drucaroff, pero sí quedó en evidencia que esta relación antitética ya no sirve en el mundo actual.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, THEODOR. *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Akal, 2007.
- BASCETTI, ROBERTO. “Militantes del peronismo revolucionario uno por uno: Walsh, Rodolfo Jorge”. <http://www.robertobaschetti.com/biografia/w/6.html>
- BECK, ULRICH. *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*. Barcelona: Paidós, 2002.
- CALVEIRO, PILAR. *Política y/o violencia: una aproximación a la guerrilla de los años setenta*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.
- CONFINO, HERNÁN. *La contraofensiva estratégica de Montoneros. Entre el exilio y la militancia revolucionaria (1976-1980)*. Tesis doctoral. Universidad Nacional de San Martín, 2018.

- CONFINO, HERNÁN. “Tensiones de un retorno: La Contraofensiva Estratégica Montonera de 1979 y 1980 en Argentina”. *Izquierdas* 28 (2016): 274-291.
- DORFMAN, ARIEL. *Imaginación y violencia en América*. Barcelona, Anagrama, 1972.
- DRUCAROFF ELSA. “La cicatriz de lo que no se pronuncia. (Apuntes sobre *Distancia de rescate*, de Samanta Schweblin)”. *Actas de las XXX Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispaoamericana*. Facultad de Filosofía y Letras UBA, 2018. http://ilh.institutos.filo.uba.ar/sites/ilh.institutos.filo.uba.ar/files/Drucaroff%2C%20Elsa_2.pdf.
- .. *Los prisioneros de la torre: política, relatos y jóvenes en la postdictadura*. Buenos Aires: Emecé, 2011.
- .. “Policial civilizárbaro. Crítica de la razón capitalista”. *Variaciones latinoamericanas de lo político*. Coord. Juan Pablo Luppi. ILH, Facultad de Filosofía y Letras UBA, en prensa.
- .. “Ricardo Piglia, la máquina de invención política y la civilizarbarbarie”. *HeLix* 10 (2017). <https://biblio.ugent.be/publication/8536197/file/8536202.pdf>.
- ENRIQUEZ, MARIANA. “El chico sucio”. *Las cosas que perdimos en el fuego*. Buenos Aires: Anagrama, 2016. 9-33.
- FERNÁNDEZ GONZALO, JORGE. *Filosofía zombi*. Barcelona: Anagrama, 2011.
- FLISEK, AGNIESZKA Y BARBARA JAROSZUK. “Civilización/barbarie o civilizarbarbarie: ¿fin del dilema argentino?”. *Simposio latinoamericanista*, Universidad de Varsovia, Varsovia, 8 de noviembre de 2019, <https://www.iberystyka.uw.edu.pl/sites/default/files/Documents/adamczykmagda/1581/Simposio-Civilizarbarbarie.pdf>
- FOUCAULT, MICHEL. *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- HARMAN, CHRIS. *Zombie Capitalism. Global Crisis and the Relevance of Marx*. Reino Unido: Bookmarks, 2009.
- HUNTINGTON, SAMUEL. *The Clash of Civilizations and the remaking of world order*. Nueva York: Simon & Schuster, 1996.
- JITRIK, NOÉ. “Para una lectura de *Facundo*, de Domingo F. Sarmiento”. *Ensayos y estudios de literatura argentina*. Buenos Aires: Galerna, 1970.
- KAPLAN, BETINA. *Género y violencia en la narrativa del Cono Sur (1954-2003)*. Woodbridge: Tamesis, 2007.
- LE GOFF, JACQUES. *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós, 1991.
- MONTES, ALICIA. *De los cuerpos travestis a los cuerpos zombis. La carne como figura de la historia*. Buenos Aires: Argus-a Artes y Humanidades, 2017.
- .. “El cuerpo otro y los monstruos. Imaginarios del miedo y la exclusión”. *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers* 34 (2017). <http://journals.openedition.org/alhim/5767>.
- PÉREZ, PABLO. “La dimensión política de lo gótico en la nueva narrativa argentina: Bestias afuera de Fabián Martínez Siccardi”. *VI Jornadas de Investigación en Humanidades: homenaje a Cecilia Borel*. Ed. Omar Chauvié et al. Bahía Blanca: Edius, 2019. 1377-1381.
- RANCIÈRE, JACQUES. *El espectador emancipado*. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 2010.
- .. *Figuras de la historia*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2013.
- RODRÍGUEZ MAGDA, ROSA MARÍA. *Transmodernidad*. Barcelona: Anthropos, 2004.

- SEOANE, MARÍA Y VICENTE MULEIRO. *El dictador: la historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires: Sudamericana, 2016. EPub.
- SOIFER, ALEJANDRO. “Ese zombie”. *Vienen bajando. Primera antología argentina del cuento zombie*. Buenos Aires: Ediciones CEC, 2011. 16-23.
- . “Narrativas zombie de segunda generación”. Web. 4 de octubre de 2016 <https://ajsoifer.com/2016/10/04/narrativas-zombie-de-segunda-generacion/>. Acceso septiembre de 2021.
- SVAMPA, MARISTELLA. *El dilema argentino. Civilización o barbarie*. Buenos Aires: Taurus, 2006.
- VERBITSKY, HORACIO. *El vuelo*. Buenos Aires: Planeta, 1995.